

Breve testimonio de un encuentro inacabable

María Zambrano

La misma tarde que por primera vez puse el pie en La Habana, camino de Santiago de Chile y tras un largo y accidentadísimo periplo entre la vida y la muerte, encontré a José Lezama Lima, el año de 1936. Habíamos entrado en la ciudad por un mar que allí se hacía río, al pie de las casas, algunas espléndidas, nacidas del agua, y que luego se extendía en la inmensa bahía.

Fue en una cena de acogida, más bien nacida que organizada, ofrecida por un grupo de intelectuales solidarios de nuestra causa en la Guerra Civil española. Se sentó a mi lado, a la derecha, un joven de grande aplomo y ¿por qué no decirlo? de una contenida belleza, que había leído algo de lo por mí publicado en la Revista de Occidente. No es cosa de transcribir aquí mi estado de ánimo en aquel momento. En esta sierpe de recuerdos, larga y apretada en mi memoria, surge aquel joven con tal fuerza que por momentos lo nadifica todo. Era José Lezama Lima. Su mirada, la intensidad de su presencia, su capacidad de atención, su honda cordialidad y medida, quiero decir comedimiento, se sobrepusieron a mi zozobra; su presencia, tan seriamente alegre, tan audazmente asentada en su propio destino, quizá me contagió.

Estaba segura de reencontrarlo más tarde en un encuentro de esos que no se buscan, que vienen dados o que son nacimientos en la memoria y sus laberintos, en aguas transparentes y profundas, misterio y claridad. Y a través de tantos años sigue, no digo vivo sino viviente, dentro de mí, como si yo hubiera sabido que aquel joven pertenecía a mi vida esencial, sobre la cual pueden caer historias y, a veces, la Historia misma.

Ya en La Habana, en el exilio, supe siempre, nos viésemos mucho o poco, que fue un encuentro sin principio ni fin.

Salí de La Habana sabiendo que volvería, sabiéndolo él también. Me llegaban sus cartas en un período en que yo reaparecía en la ciudad acompañada de mi hermana Araceli, lo que Lezama aceptó viendo en ella la metáfora de Europa. En aquella última época poblada, y a veces plagada, de conferencias, nunca él dejó de asistir a ninguna. No se acercaba a saludarme al final, sino que en el atrio de un edificio, que solía ser el club femenino de La Habana, me hacía alguna advertencia, tal como ésta: «María, has estado muy bien; ahora tienes que cuidar los problemas de la prosa». Otra: «María, ¿por qué se te han puesto los ojos azules?». Y la verdad es que yo siempre los quería haber tenido azules. Al recordárselo yo por carta, me habló del azul pálido del fondo de los cuadros clásicos de Murillo.

Lezama tenía la facultad de definir exactamente lugares donde no había estado ni anhelaba estar, porque en él la metáfora, como se sabe, tiene un poder creador.

Los diez poetas del grupo Orígenes de Lezama y su revista, en cuya fundación yo tuve parte anónima y decisivamente, me fueron presentados. Me pidieron ayuda para que su labor tuviera el reconocimiento que merecía. Les prometí que así lo haría en mis colaboraciones en revistas de prestigio de América y Europa. Uno de los diez, Cintio Vitier, me respondió: «No, María; nosotros somos de aquí, queremos ser reconocidos aquí». Le di entonces mi primer artículo para Orígenes. Este ser «de aquí» resonó en mí avasalladoramente: este «aquí» era el lugar universal que yo había presentado y sentido en la presencia de José Lezama Lima, quien nunca había querido exiliarse. Él era de La Habana como Santo Tomás lo era de Aquino y Sócrates de Atenas. Él creyó en su ciudad.

Bastantes años después yo le pedí la novela Paradiso en una carta que de mí le llevó personalmente el poeta José Ángel Valente.

Lezama vivía con su madre y sus hermanas, que le dejaban en plena libertad. Mas la madre, a quien está dedicada en un volumen toda su poesía, cuidó no dejarlo solo. Luego le dio una esposa, una verdadera esposa, María Luisa, quien sin separarse de él, también le dejaba en libertad. Con ella hubo las nupcias prometidas, como todo en Lezama, por toda la eternidad.

Ha habido quien ha creído que esta novela tenía un capítulo costumbrista y erótico. Yo nunca la he visto así. Era y es Paradiso una verdadera meditación sobre el génesis del hombre, sobre el génesis mismo.

Lezama, católico órfico, según él mismo se declaró, y un singular orfismo el suyo, ya que en esta antigua y desconocida tradición, la ciudad no figura.

Paradiso es, en principio, el viaje ritual que Dante Alighieri cumple en la Divina Comedia, al tener que descender a los infiernos para luego reaparecer dejando en prenda su luz en la oscuridad. Eso hace de Paradiso una obra auténticamente dentro de la tradición órfica, excepto lo señalado. El horror que

en ella se manifiesta para el sexo de la mujer podría estar en los cuadernos de Leonardo da Vinci. Eran para Lezama los ínfimos la relación sexual, fuese con quien fuese. Buscaba otros modos de nacimiento. Encargó, creo que a Valente, una edición del raro místico Jacobo Boehme, Misterium Magnum, donde este zapatero nórdico recoge la tradición de que la generación de Adán fue la de mirarse en el agua, la de la mirada en ese medio de generación primera que, según el Génesis, precedió a todo. «El espíritu del Señor flotaba sobre las aguas el primer día de la Creación.» Las aguas creadoras, fecundas y vírgenes, él, Lezama, las buscaba y creía en ellas. Tal vez el modo de generación humana le parecía una tremenda herejía.

El capítulo de Paradiso en que aparece el falo con todos sus nombres científicos me extrañó. ¿Por qué no encontró la metáfora? Hoy, después de muchos años, me he contestado: «Lo que él estaba buscando era la generación en el agua por la mirada fecunda y virgen, de la cual Narciso, el tardío mito neoplatónico, puede ser un eco que se transformó en impostura».

Lezama nunca fue un impostor. Él sabía muchísimo, y lo que no sabía lo intuía, lo llevaba dentro. Y esa intangible proeza incluye también a Paradiso y declara su búsqueda de lo que ya tenía y de su relación, creo, con su esposa María Luisa, que su madre le dio. Esta madre, declara él, cuando se quedó viuda, no quiso nunca pensar en volverse a casar, aunque fue tan joven y de tanta belleza. Yo la recuerdo con la frente de una santa, ya que la santidad en la mujer aparece en la frente sin palabras.

Es lo que yo veo en Paradiso: esa frente pura y fecunda, esas manos invisibles, esa palabra no escrita, siempre por escribir.

Así era, será y es la obra de José Lezama Lima de La Habana.